

De Augusto d'Halmar

El neuro-cirujano Asenjo



E visita cierto día, donde Vargas Vila, en Madrid, pasáronle dos tarjetas, y el panfletista colombiano me confió que, de parte del Presidente Obregón, dos diputados venían a pedirle dilucidara cierto problema de alta política mejicana.

En Colombia, decíame un prohombre, hasta cuando se trata del trazado de un camino o un ferrocarril, se nombra asesores de los ingenieros, a los literatos, como a maestros de belleza, aquella que, en buenas cuentas, viene a ser la Gran Utilitaria.

No se ha llegado en Chile a concedernos tamaña beligerancia; pero, de tarde en tarde, alguien suele apelar al buen juicio de los hombres de letras, y así, uno de ciencia, el Doctor Alfonso Asenjo, al enviarme su libro en colaboración con Ulberall, sobre «Afecciones Vasculares Quirúrgicas del Encéfalo», ha tenido la deferencia de pedir mi impresión de su lectura, con vistas, tal vez, a la vulgarización de su contenido.

Ardua y arriesgada tarea, para un escritor, en este caso, la de ponerse al tanto de la gran monografía que ha de comentar para mejor y mayor difusión y, a la vez, para ponerla al alcance del lector medio. Aplicada esta hermenéutica al hermético tecnicismo científico, viene a ser como traducirlo en romance corriente y moliente.

El prólogo nos afirma y nos confirma que, cuanto contiene, procede del archivo y del historial del Instituto de Neurocirugía y Neuropatología del Salvador. Vamos, pues, a encontrarnos ante investigaciones y observaciones directas. Y las gráficas obtenidas con aparatos ultra-sensibles para registrar las ondas cerebrales, las fotografías de preparación al microscopio, las enigmáticas radiografías en claroscuro, acaban de demostrarnos que los materiales de la clínica y del laboratorio son, en este caso, de primera mano.

Poco a poco y ante la evidencia de los datos, las estadísticas y las imágenes pre y post operatorias, van ganándonos la persuasión de que ya ha dejado de ser a la vez totem y tabú, ese órgano del hombre, puesto como faro en la cúspide de su personalidad. Se ha logrado combinar la cifra, el sésamo que lo abre, y he aquí penetrando la luz de la ciencia, todavía a tautones, pero cada vez con más firmeza, en las profundidades de lo que, a justo título, se ha llamado desde siempre la bóveda craneana, no menos tortuosa y tenebrosa que la galería de una mina subterránea. ¡Un verdadero descenso a los infiernos!

En el año bélico del Pacífico, exactamente en 1879, un escocés, el Dr. Mac Ewin, por primera vez en los anales de la cirugía, extirpó con éxito un tumor de cerebro, que hacía prominencia en la región frontal, por lo cual se le denominó meningioma, o meningioma olfativo, según el médico norteamericano Cushing. Posteriormente, en 1885, otros dos sabios ingleses, Godles y Benett, le hicieron a la Real Sociedad de Londres, una comunicación conjunta, donde precisaban los trastornos de estas lesiones,—a consecuencia de infección luética o sifilítica—demostrando que los vasos afectados eran aquellos que asientan en las envolturas cerebrales. Horley, en 1887, fija ya su atención sobre la médula, y en 1903 se opera con esta localización un tumor sobre los nervios del acústico.

Entretanto la fisiología experimental había intervenido en las funciones del cerebro humano, con Gowes, Von Fritsh,

Hitz y Davis y Ferrier sin olvidar por cierto al gran Osler, quien ya en 1886, junto con sus primeras operaciones de neurocirugía, sobre monos de ensayo, hasta entonces prescritas por las costumbres, obtuvo los primeros triunfos certeros e indudables.

Si se visita uno de estos servicios, perdura el recuerdo de los pacientes envueltos en vendajes como las momias, para ocultar tumores que surgen por trepanaciones descomprensivas o hernias cerebrales.

Los mayores, en ese tiempo, eran los peligros de la infección, dada la carencia de conocimientos del efecto anestésico sobre el tejido nervioso o el cortical, y la de una técnica y un instrumental adecuados, trayendo como secuela sumable a los riesgos, la pérdida sanguínea y la duración desproporcionada de las intervenciones.

El lento desarrollo de esta rama de la cirugía, debe achacarse además, a los trámites de una época en que el neurólogo enviaba su diagnóstico y si éste estaba mal establecido, era regla el consiguiente fracaso. Desconociendo el cirujano las lesiones y sus trastornos, carecía de atisbos para discernir, y mal podía subsanarlos no teniendo tampoco la práctica que hoy tiene un operador especializado.

Los americanos, hombres modernos expeditos y asépticos, desembrollaron esta maraña de prejuicios, disciplinando la confusión y el desorden. Convinieron tácitamente en darle todo el tiempo debido, tanto a los operados como al operador y éste tomara sobre sí la entera responsabilidad, desde el diagnóstico, hasta el tratamiento, para lo cual debían reunirse en su sola persona, las del neurólogo y del cirujano. Aplicábasele el industrialismo, bajo la forma de observación en serie.

El ilustre Harvey Cushing, fundador de la cirugía nerviosa, había llenado como nadie estos requisitos: Hijos de tres generaciones de profesionales médicos, llevaba en la sangre su misión y la cumplió ampliamente. Estudió, sobre todo, a los hipofisarios, a los afectados en los nervios acústicos; buscó nuevos tú-

neles exploratorios, como el nasal y el suboccipital; descubrió en el cráneo zonas que él llama mudas o no repercutivas, en que, por razón anatómica, se permite incursiones menos peligrosas; ideó aquella, conocida con su nombre; inventó un método de hemostasia, los «clips» que, juntamente con la electrocoagulación, domina las hemorragias, posibilita la tarea quirúrgica y disminuye los riesgos post-operatorios. Esclavo de su apostolado, se condenó a sí mismo al «full-time» ingresando a su clínica a las ocho de la mañana y no dejándola hasta el anochecer, sin alimentarse sino de paso y de pie, bajo la deportiva consigna de que el neuro-cirujano, como el aspirante a Campeón, ha de renunciar a cuanto no atañe a la Olimpiada, y formando con su ejemplo, un equipo de colaboradores entre los cuales predominaban la sobriedad y el estoicismo, la abnegación y el desinterés; en el cual se enrolaron oftalmólogos, otorinos, anátomo-patólogos, radiólogos y laboratoristas. Al volver, pues, los asombros evangélicos, se pudo devolver la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la voz a los mudos y a los tullidos el movimiento: ¡Surge et ambula!

La ventriculografía ha permitido la localización del tumor, en el cerebro. Gracias a ella, no se recurre a la fosa posterior, sino cuando se trata de un tumor frontal con trastornos de la estática, y se accede por vías precisas, como en los tumores pedunculados del tercer ventrículo, antes vedados hasta la comprobación ya póstuma de la autopsia.

Otro aporte de Cushing, fué su lógica y humanitaria actitud ante lo inoperable, por una parte, para aliviar al paciente, dentro del lapso de vida que le queda, y por otra, para no exponerlo terca y vanamente a una intervención fallida.

Maestro, asimismo, fué Elsberg, conocido como «el Cushing de la médula», quien, todavía sin los elementos de juicio y de técnica hoy en uso, formulaba diagnósticos incontrovertibles en las lesiones medulares. Su libro de 1925, con cien casos estadísticos, constituye por sí solo un monumento.

Y lo es también, dentro de Chile y la América hispana, este otro texto sobre «Afecciones Vasculares Quirúrgicas del Encéfalo», al punto que inmediatamente va a ser traducido en Norte América y que, de la egocéntrica Francia, un especialista pidió ingresar en la clínica del Dr. Alfonso Asenjo.

Este pequeño gran chileno, joven en años, maduro en conocimientos y méritos, ha recogido toda la tradición y el método de sus antecesores, y, con una vocación, que esa sí no se improvisa, ni se forma, es considerado ya entre las contadísimas eminencias en su ramo, de sólo cinco o seis países de la tierra: EE. UU., Suecia, Inglaterra, Bélgica, Alemania. El nuestro vino a ocupar un rango, gracias a él, en el mundo científico y pasó a codearse sobre la misma línea de eficiencia y de filantropía, con los más experimentados y con los más preclaros.

Santiago, marzo de 1946.